

La construcción sexual del oficio y la formación de la clase obrera tabacalera. El caso de las despalilladoras de La Habana en los albores de la época republicana, 1898-1902

Catalina del Mar Garrido Torres¹

Resumen: El objetivo del presente artículo es abordar dos problemas historiográficos: la construcción sexual de los oficios y la cuestión de la formación de la clase obrera, a partir del caso de las despalilladoras de La Habana entre 1898 y 1902. El punto de interconexión entre estos dos asuntos es la perspectiva de género, en la medida en que nos permite examinar el peso de las desigualdades en la consideración social de obreros y obreras dentro de una industria, sus identidades y las narrativas que acompañaron el proceso de formación de la clase, poniendo en el centro a unas experiencias, por lo general masculinas, y dejando al margen otras. Bajo estas premisas, nos centraremos en la discusión sobre cómo la formación de la clase obrera tabacalera no fue neutral ante las distinciones de género si examinamos la construcción sexual del oficio del despalillo y analizamos la famosa “Huelga de los aprendices” ocurrida en 1902.

Palabras clave: Género, clase obrera, despalilladoras, La Habana.

A construção sexual do ofício e a formação da classe operária do tabaco. O caso das *despalilladoras* de Havana no início da era republicana (1898-1902)

Resumo: O objetivo deste artigo é abordar dois problemas historiográficos: a construção sexual dos ofícios e a questão da formação da classe operária, a partir do caso das *despalilladoras* de Havana, entre 1898 e 1902. O ponto de interconexão entre estas duas questões é a perspectiva de gênero, na medida em que nos permite examinar o peso das desigualdades na consideração social de operários e operárias dentro de uma indústria, suas identidades e as narrativas que acompanharam o processo de formação da classe, colocando no centro algumas experiências, geralmente masculinas, mas deixando à margem outras. Sob estas premissas, centraremos-nos na discussão sobre como a formação da classe operária tabaqueira não teria sido neutra diante das

¹ Doctora en Historia (Colegio de México), Profesora de la Facultad de Educación de UNICATÓLICA y profesora de hora cátedra de la Universidad del Valle, Cali, Colombia.. Email: garridotrescatalinadelmar@gmail.com

distinções de gênero se examinarmos a construção sexual do ofício do *Despalillo* e analisarmos a famosa "Greve dos aprendizes" ocorrida em 1902.

Palavras-chave: Gênero, classe operária, *despalilladoras*, La Habana.

Gender and the Making of the Cuban Tobacco Working Class. The *despalilladoras* in Havana at the dawn of the republican era, 1898-1902

Abstract: This study explores two historiographical problems: the sexual work construction and the formation of the national working class, based on the case of the Havana's stemmers, between 1898 and 1902. These two issues converge in the gender perspective, allowing to analyze and exam the weight of inequalities in the social vision of workers inside any industry, their identities and the narratives that accompanied them during the making of the tobacco working class in Havana. Under this premise, we focus our analysis on the discussion on how the latter process would not have been neutral to gender distinctions if we investigate the sexual construction of the destemming work or the Cuban "Despalillo" and analyze the famous "Apprentice Strike" in 1902.

Key Words Gender, Working class, stemmers, Havana.

Artigo recebido em: 12/08/2021

Artigo aprovado para publicação em: 28/09/2021

Introducción

Nos escriben de Henry Clay que después de unos días de huelga convinieron en ir a trabajar las despalilladoras, pues la capataza pidió su cuenta, pero la otra petición del aumento de precio, eso... ¡ah! Eso... más tarde cuando la cosecha sea mejor. No hay que culpar a las infelices mujeres, porque no hayan obtenido un triunfo completo, la culpa entera debe recaer en los torcedores, que por amor al arte han olvidado los principios del compañerismo.

¡Alerta!, 5 de noviembre de 1899.²

² Cien Pies, "La semana a la vista", en *¡Alerta!*, 5 de noviembre de 1899, p. 4.

El periódico *¡Alerta!* circuló en La Habana entre los últimos años del siglo XIX y los primeros del XX. Era el órgano de prensa de la Liga General de Trabajadores Cubanos, una organización variopinta, en la que confluían obreros y artesanos de diversos oficios e intelectuales cercanos a estos sectores. En *¡Alerta!* se exponían una amalgama de ideas cercanas al reformismo, a los primeros socialismos, pero sobre todo a un nacionalismo revolucionario inspirado en la figura de José Martí. Al mismo tiempo, en sus páginas encontramos algunos fragmentos como el que citamos a manera de epígrafe, en los que se hacía referencia a las tensiones cotidianas entre obreros, obreras, capataces y fabricantes en la industria tabacalera, la que más concentraba mano de obra en La Habana.

El objetivo del presente artículo es plantear una serie de reflexiones sobre dos problemas historiográficos como lo son la construcción sexual de los oficios y la cuestión de la formación de la clase obrera, en este caso, la tabacalera en Cuba.³ El punto de interconexión entre estos dos asuntos es la perspectiva de género, en la medida en que nos permite examinar el peso de las desigualdades en relación con la consideración social de obreros y obreras dentro de una industria, la problemática cuestión de sus identidades y las narrativas que acompañaron el proceso de formación de la clase, poniendo en el centro a unas experiencias, por lo general masculinas, y dejando al margen otras, como las de las despalladoras en relación con las de los torcedores de tabaco.

La pregunta sobre cómo un colectivo obrero construyó identidades de clase lidiando de diversas maneras con la diferencia no es una pregunta nueva en la historiografía social con perspectiva de género (LOBATO, 2005, p. 11-24). Sin embargo, el caso de los torcedores y las despalladoras del tabaco en Cuba en un momento de transición política de colonia a república y de construcción del nuevo Estado nación, nos proporciona algunas claves interpretativas y metodológicas sobre

³ Un balance sobre la manera en que se han tratado estos problemas junto con otros de la historia social con perspectiva de género en América Latina en TINSMAN, 2005.

cómo abordar las historias de sujetos sobre los que pesaban múltiples relaciones de poder y marcas de subalternidad.

Por este camino, para llegar a algo cercano a “oír su voz”, mapear sus experiencias en el tiempo y rastrear algunas de sus identidades a partir de los fragmentos de sus experiencias es preciso escudriñar testimonios que en sí mismos estuvieron atravesados por múltiples relaciones de poder. En el fragmento sobre las despalladoras de la fábrica Henry Clay la cual, como veremos más adelante era una de las más grandes de La Habana y al tiempo una de las que se sumó a los trust tabacaleros que conformaron en esos años, aparecen, por ejemplo, personajes con quienes las despalladoras mantuvieron relaciones marcadas por las diferencias de género, de clase, raciales e incluso nacionales como la capataza o los torcedores de tabaco. Esto hizo que el entramado de relaciones de poder fuera multidireccional y complejo, puesto que las capatazas a las que a veces se hacía alusión en relación con sus malos tratos hacia algunas obreras o sus favoritismos hacia otras, podían ser despalladoras que habían sido de alguna manera ascendidas a esta posición.⁴ Por otro lado, la demanda del aumento del precio pagado por la cantidad de hojas despalladas que hicieron las obreras a la capataza de la Henry Clay y la negativa de esta última, nos recuerda el peso de las condiciones materiales en la vida de un grupo subalterno.

Bajo estas premisas, el artículo tendrá dos apartados. En el primero discutiremos algunos aspectos relacionados con la construcción sexual del oficio del despallillo. Es

⁴ En la investigación doctoral de la que este artículo hace parte, se expone con mayor detalle este asunto en particular. Las relaciones de poder desplegadas en la cotidianidad del oficio requirieron un análisis documental mucho más amplio así como una mirada en un periodo más largo que el analizado en el presente artículo. Ver: GARRDO, Capítulo IV: “Prácticas cotidianas y primeras experiencias colectivas de las despalladoras. La construcción de la cultura obrera del tabaco desde los márgenes”, 2020, pp. 199-266. Aquí es pertinente mencionar que Olga Cabrera encontró que durante la primera mitad del siglo XX había tarifas de acuerdo con los materiales de las hojas que determinaban diferencias salariales entre las despalladoras dando lugar a las capoteras y las triperas. Luego había unas que, según esta autora, eran ascendidas o “superadas” de triperas a capoteras y de ahí a capatazas. Ver: CABRERA, 1989, p. 154. Sin embargo, es la única alusión que hemos encontrado al respecto, en la prensa no se explican los sistemas de nombramientos de las capatazas y tampoco hay archivos de fábrica de esos años que nos permitan corroborar esa información.

decir, la manera en que las diferencias de género, en confluencia con las raciales y las nacionales, explican la consideración de este oficio como propiamente “femenino” pero también las malas condiciones materiales en las que laboraban estas obreras en contraste con su importancia económica para la industria tabacalera. En el segundo, nos centraremos en la discusión sobre cómo la formación de la clase obrera tabacalera no fue neutral ante las distinciones de género a partir del análisis de la “Huelga de los aprendices” ocurrida en 1902, acontecimiento que se convirtió un hito importante para las narrativas posteriores sobre la formación de la clase obrera en Cuba.

La construcción sexual del despalillo como un oficio femenino

Las hojas de tabaco llegaban a las manos de las despalilladoras después de un minucioso proceso que empezaba con su cultivo en las vegas (nombre que se le daba a los cultivos de tabaco), pasando por la moja, el secado, la abertura y la escogida o clasificación de estas. Luego se juntaban en gavillas para que llegaran a los departamentos de despalillo de fábricas o a talleres dedicados exclusivamente a ello. Estas obreras tenían que extraer el tallo o vena central de las hojas, procurando no romperlas para que no se convirtieran en picadura destinada a la fuma en pipas. A las hojas de tripa, o sea las destinadas al relleno de los tabacos, se les extraía las tres cuartas partes del tallo, mientras que a las de capa, que cubrían la superficie del tabaco, se les extraía el tallo completo.

De ahí las hojas de tripa se almacenaban en unos barriles de madera y las de capa pasaban directamente a los rezagadores, encargados de decidir cuál combinación de hojas debían conformar los tabacos para ser torcidos. El proceso final consistía en ponerles anillos con sus marcas de autenticidad (oficio realizado por las anilladoras) y de clasificarlos según su color para organizarlos en cajas llamativamente decoradas. El despalillo era entonces un paso fundamental para el torcido de las hojas y, entre los

últimos años del siglo XIX y las tres primeras décadas del siguiente, un oficio estratégico a la hora de exportar las hojas de tabaco sin el peso de los tallos para que fueran manufacturadas en otras latitudes, en especial en ciudades tabaqueras de los Estados Unidos al sur de la Florida o más al norte en New Jersey.

Este proceso productivo se configuró de manera paralela a la transición política de colonia a república. Hacia 1898 el fin del dominio colonial llegaba a Cuba con serias dudas sobre su futuro como nación independiente, pues en 1898 la nueva etapa iniciaba con la primera de dos intervenciones militares de los Estados Unidos ocurrida entre 1899 y 1902. Esta supuso un mayor predominio del capital extranjero en la Isla, la dependencia económica con el vecino del norte y en la industria tabacalera un impulso a la concentración de la producción en los trust que había comenzado hacia la década de 1880 hasta la primera década del siglo XX.

El primero de ellos, la Henry Clay and Bock Company Limited, conocida popularmente como la “Compañía Inglesa”, se fundó en 1887 reuniendo más de un centenar de fábricas de torcido, de cigarrillo y de picadura. Algunos años más tarde, hacia 1892, se creó el trust de capital estadounidense llamado Havana Commercial Company, reuniendo 12 tabaquerías, 140 marcas anexas de tabaco y 16 de cigarrillos y picaduras. Hacia 1902, la compañía más importante de tabaco que existía en los Estados Unidos, la American Tobacco Company, adquiere esta última, más otras famosas en la época como la Hija de Cabañas y Carvajal. Paralelamente, para la administración de las vegas se creó la Cuban Land and Leaf Tobacco Company (RIVERO, 1962, pp. 143-145). Para 1904, el 54% de la industria era dominada por el monopolio de la American Tobacco Company y el resto se repartía entre los Independientes, que eran productores españoles, dueños de famosas fábricas como Romeo y Julieta, Por Larrañaga y Gener entre otras, que habían sobrevivido al embate de la competencia, pequeños talleres o chinchales y de la producción doméstica. (GARCÍA, 1990, p. 39 y RIVERO, 1962, p. 147).

La monopolización de la producción produjo un reforzamiento de los controles proteccionistas de Estados Unidos y España a las importaciones de hoja de tabaco en rama, a los habanos o los cigarrillos, de modo que esta fue una de las situaciones que trascendió al periodo colonial.⁵ En consecuencia, desde finales del siglo XIX resultaba mucho más barato producir habanos en Estados Unidos con hojas cubanas que hacerlos en Cuba y exportarlos ya manufacturados.⁶ Pero la consolidación del trust tabacalero no sólo trajo consigo una reorganización económica de la industria, sino que también tuvo implicaciones para las despalilladoras.

No hay mayor documentación sobre cuáles eran las diferencias en términos de las condiciones de trabajo para aquellas que laboraban en las grandes fábricas del trust, en las fábricas de los independientes o para las que pasaban sus días en los pequeños talleres o *chinchales*. Sin embargo, en los casos de Cuba y de Puerto Rico se ha constatado que la concentración de la producción introdujo cambios en la división sexual del trabajo y en la especialización de los oficios. Por ejemplo la escogida de las hojas, el despalillo, el anillado de los tabacos torcidos y el fileteado, como se llamaba al oficio de decorar la caja que los contenía, se volvieron oficios especializados y esto se reflejó en la división de fábricas por departamentos.⁷ Esto provocó que las despalilladoras compartieran más el espacio laboral con los torcedores que se ubicaban en las galeras, como se conocían los lugares en donde se torcía el tabaco, que cuando trabajaban en chinchales o talleres dedicados exclusivamente al despalillo. También la nueva división del trabajo las acercó a prácticas singulares de los tabaqueros como la

⁵ Pese a la importancia de la industria tabacalera para la economía cubana, en el contexto internacional se trataba de una producción periférica, que por eso mismo era tan susceptible a la injerencia de los grandes productores como los Estados Unidos e Inglaterra. STUBBS, 1989, pp. 1-12.

⁶ Esto fue lo que enriqueció a muchos fabricantes de tabacos y cigarrillos que migraron a Tampa y Cayo Hueso durante la Guerra de los Diez Años y que luego serían importantes colaboradores del movimiento separatista. CASANOVAS, Capítulo IV, 2000, Y STUBBS, 1989, p. 33.

⁷ Sobre el caso cubano: STUBBS, 1989, p. 78 y sobre el puertorriqueño RIVERA, 2003, p. 26-51.

lectura en voz alta y las comenzó a diferenciar de otras despalilladoras, por ejemplo las que trabajaban en el campo, al lado de las vegas.⁸

Esto quiere decir que la forma en que Cuba se insertó en la división internacional del trabajo como país exportador de materia prima, produjo que en su interior tuviera lugar una división sexual del trabajo en la que los sectores asociados a la manufactura como los torcedores entraran en franca decadencia numérica mientras que, en cambio, la mayoría de los trabajadores, que se ocupaban en el resto de oficios, en *chinchales* o en sus casas se mantuvieron relativamente estables.⁹ La importancia económica de las despalilladoras no se correspondía con buenas condiciones de trabajo o buenos salarios, sino todo lo contrario. Esta poca consideración hacía parte de la construcción sexual del oficio en relación con el peso de una serie de distinciones: de género frente a los tabaqueros, de clase en relación con el proceso de proletarización y raciales respecto a otros grupos de trabajadoras de esta industria como el de las anilladoras.

En el periódico *¡Alerta!* a comienzos de siglo, se describía por ejemplo el despalillo como un “...trabajo que desempeñan manos femeninas y por consiguiente el preferentemente mirado con mayor desdén”.¹⁰ Es decir, el hecho de que el oficio fuera

⁸ La lectura en voz alta es una práctica que caracterizó a la cultura obrera del tabaco. En el capítulo IV de la investigación doctoral en la que se incluye este artículo, dedicamos un apartado a este asunto, encontrando que las despalilladoras fortalecieron su identidad de clase al incluirse en una comunidad de odores de prensa obrera, como la que hemos citado en estas páginas, en la cual se denunciaba de manera recurrente el abuso de capataces, capatazas e industriales. Planteamos la relación de la lectura en voz alta con la nueva división sexual del trabajo porque en las grandes fábricas había más probabilidad de pagar un lector que no necesariamente pertenecía al grupo de obreros. Esto nos permitió reconstruir experiencias de este sector subalterno aunque en años posteriores a los que abarcamos en este artículo, hacia la segunda y tercera década del siglo XX. Sobre esta práctica en Cuba en general ver TINAJERO, 2007. Las referencias sobre las diferencias salariales entre las despalilladoras de La Habana y los pueblos aledaños a la ciudad, en relación con la división sexual del trabajo, las encontramos sobre todo en los años cuarenta, pero es probable que esto tuviera raíces en estos primeros años del siglo. También Olga Cabrera señaló que en sus entrevistas las despalilladoras planteaban que en el campo, donde la comunidad obrera era más pequeña y los oficios eran menos especializados, tenían relaciones más cercanas con los patronos que en las fábricas grandes de la capital, por ejemplo. CABRERA, 1989, p. 154.

⁹ STUBBS, 1988, p. 247. La antigua aristocracia del trabajo que torcía los puros de lujo fue casi por completo reemplazada por una nueva que trabajaba en el único sector de expansión en la Isla que era el de la producción de cigarrillos para el mercado local.

¹⁰ “La higiene en los talleres”, en *¡Alerta!*, 12 de octubre de 1902, p. 1.

desempeñado por mujeres conllevaba de antemano una mirada que subvaloraba el trabajo mismo.¹¹ Por otro lado, en el contexto hispanoamericano de comienzos del siglo XIX los artesanos habían defendido colectivamente la calificación de su oficio. Sin embargo, cuando los maestros se convertían gradualmente en fabricantes capitalistas, comenzaron a perder el control sobre el proceso de producción. Esto produjo la separación entre el capital y el trabajo, la intensificación de la producción, la proletarización del artesanado y, con ello, la descalificación del trabajo manual hacia finales del siglo.¹²

En el caso de las despalladoras esto nos lleva a pensar que su clasificación como no calificadas casi llegando a la medianía del siglo XX, no solamente fue una construcción cultural que no tuvo en cuenta la importancia que tenía la habilidad para ejercer el oficio sino que también tuvo que ver probablemente con el proceso de proletarización que este oficio manual vivió desde las últimas dos décadas del siglo XIX. Aunque no conocemos ningún testimonio anterior que nos indique que el despallado era calificado, la lucha de las trabajadoras por el reconocimiento de su labor sí fue una constante durante la primera mitad del siglo XX.¹³ En otras palabras, si bien el vacío histórico en torno a una definición concreta de si en algún momento este oficio fue considerado calificado resulta un tanto problemática, la constatación de la habilidad que requería para ganar algún jornal manipulando rápidamente las hojas sin desbaratarlas, nos llama la atención sobre el carácter contingente y la construcción

¹¹ Según Ana María Sabas esto ocurrió también en la ciudad de México en el siglo XVIII, cuando la Real Fábrica de Tabacos reorganizó su proceso productivo: "...las tareas clasificadas como menos especializadas fueron asignadas a las mujeres y las operaciones de mayor calificación a los varones". (2003, p. 5). En otro contexto y tiempo completamente diferentes, Francia y Alemania durante la Primera Guerra Mundial, Laura Lee Downs plantea que la incursión de las mujeres en las fábricas implicó una nueva organización del proceso del trabajo en el cual el discurso sobre la diferencia sexual supuso un orden jerarquizado que se justificó en las supuestas diferencias naturales entre hombres y mujeres (1995).

¹² Estas consideraciones las plantea Clara E. Lida en su texto introductorio a un dossier sobre artesanos en México, Chile y Cuba durante el siglo XIX (1998, p. 69).

¹³ Este es un tema que abordé en mi tesis doctoral en general, que abarca los años comprendidos entre 1898 y 1948.

cultural, pero con implicaciones en las condiciones de trabajo reales de las obreras, que había detrás de una categoría como “calificado” o “no calificado”.¹⁴

En cuanto a lo racial, Olga Cabrera señaló que mujeres blancas y negras, algunas de ellas esclavas, ingresaron a despalillos y escogidas en el siglo XIX sobre todo en ámbitos rurales, pero que, desde los primeros momentos en que las mujeres incursionaron en la industria urbana, en las grandes fábricas sólo aceptaban mujeres blancas y a algunas mestizas. Aunque no hemos encontrado documentación de fábrica que nos permita corroborar si esto se evidenció en un criterio racial concreto para el empleo de despalilladoras sí encontramos en algunas notas de prensa comentarios sobre el lugar que podían ocupar por ejemplo trabajadoras españolas y sus relaciones de poder con las despalilladoras cubanas. Por ejemplo en una nota de *¡Alerta!* justamente algunos meses antes de la huelga de los aprendices se mencionaba que:

Una compañera, despalilladora de “La Madama” ha sido víctima estos días de un abuso. Con motivo de la enfermedad y muerte de una hermana de la citada compañera, vióse esta obligada a faltar algunos días al trabajo, por haberlos dedicado a la asistencia de la enferma y cuando desenlazado fatalmente el caso, volvió al trabajo, hallóse con que la capataza –*respetable señora nacida allende el proceloso Océano*- la había rebajado. Como se ve, en todas partes sigue todo igual...parece que fue ayer...¡Ah!... ¿Cuándo ahorcarán blancos? ¿Cuándo declinará la luna debajo de los mameyes?¹⁵

En otros artículos de este periódico la Liga llevaba a cabo una campaña en contra de los privilegios que veían tenían los españoles en las fábricas, como veremos en el segundo apartado. En efecto, un fenómeno que acentuó la presencia de mujeres blancas en la industria, cruzando distinciones raciales con nacionales, fue que desde finales del siglo

¹⁴ En 1939, en su descripción sobre el proceso productivo que derivaba en el torcido de los famosos habanos de lujo, Manuel Casado mencionaba sobre la habilidad requerida para el despalillo de las hojas de tabaco que se trataba de “...una labor paciente y silenciosa, pero agotadora, porque hay que mover los dedos con suma destreza para ganar el jornal”. CASADO, 1939, p. 88. En otras latitudes se ha estudiado la construcción cultural y discursiva detrás de una categoría muy común en los mundos del trabajo como la de “calificación” como en el caso de las lavanderas de la Ciudad de México estudiadas por FRANCOIS, 2020, PP. 35-55.

¹⁵ Fray Motorista, “Una compañera, despalilladora...”, en *¡Alerta!*, 6 de abril de 1902, p. 2.

XIX, españolas o hijas de españolas entraron a la industria como anilladoras (CABRERA, 1989, pp. 153-154). Sin embargo, cabe anotar que, aunque el despalillo fue al principio un oficio de mujeres blancas, hubo un ingreso progresivo de mujeres negras como se evidencia en la Tabla 1. Para Stubbs,

El hecho de que fueran mujeres, muchas de ellas negras, fueron factores endémicos temporales y cíclicos, que ayudaron a “descalificar” el despalillo, causando que las despalilladoras fueran las peor pagadas y las menos consideradas en la industria (1988, p. 256).

Tabla 1. Las tabaqueras y las distinciones raciales en los censos de 1899, 1907 y 1919 en la provincia de la Habana.

Censo	Cubanas blancas	Cubanas de color	Extranjeras	Total
1899	939	268	50	1.257
1907	1.940	1.021	162	3.123
1919	1.717	1.209	308	3.234

Fuente: Tabla elaborada a partir del *Censo de 1899*, p. 486; *Censo de 1907*, p. 547; *Censo de 1919*, p. 665 y el *Censo de 1943*, p. 1118-1119. Las categorías raciales son originales de los censos.

A estas dimensiones se sumaba el de los salarios, un asunto sumamente sensible si tenemos en cuenta que el despalillo como todos los oficios de la industria se realizaban durante ciertas temporadas del año. En los periódicos de la época eran frecuentes las denuncias sobre los bajos salarios así como otros factores que contribuían a que estos mermaran aún más como la mala calidad hojas que se deshacían fácilmente o los engaños a la hora de pesar las hojas despalilladas a lo largo de una jornada. En 1899, el periódico *¡Alerta!* señalaba que los salarios en la industria tabacalera eran una muestra de la desigualdad entre los trabajadores: mientras 1.000 despalilladoras se ganaban 50 centavos diarios sumando en su conjunto al mes \$13.500, 115 trabajadores españoles (que podían ser rezagadores o escogedores) obtenían al mes \$15.379.¹⁶

¹⁶ “¡Qué sarcasmo!”, en *¡Alerta!* 28 de octubre de 1899, p. 1.

Luego, sobre los materiales, en otra nota del mismo periódico denunciaban que a unas despalilladoras les estaban pagando solo "...5 centavos por el manajo de un *chivo* terrible que *berrea* y 6 centavos por el manajo de capa".¹⁷ Es decir, les pagaban cinco centavos por gavilla de unas hojas de tripa conocidas como "chivo" por su mala calidad.

Por otra parte, el pago variaba si se trataba de hojas de tripa o de capa, lo cual podía incluso generar conflictos entre las propias despalilladoras.¹⁸ Ello se manifestó también durante los primeros años de la República, porque la dolarización que vivió la sociedad cubana implicaba que a los trabajadores se les pagara en moneda plata y no en oro, o en moneda española y no en moneda americana (PIQUERAS, 2006, 177-190). Así, por ejemplo, en una de muchas notas por el estilo publicadas en el periódico *El Reconcentrado* a comienzos de siglo, aparecía la demanda de unas despalilladoras para que les aumentaran el pago del manajo de hojas de cinco centavos plata a seis centavos oro que era lo que se pagaba en las fábricas más grandes de La Habana.¹⁹

Más aún, dentro de la industria tabacalera las despalilladoras eran las que tenían el jornal más bajo. En 1902, una anilladora, "la aristócrata de la profesión", podía ganar \$3 diarios, para las cigarreras su jornal podía oscilar entre un \$1 y \$1.25 en plata diarios mientras que las despalilladoras ganaban en ese año 6 o 7 centavos oro por manajo, sumando al día un jornal de 30 centavos. Eran salarios de sobrevivencia que estaban incluso por debajo de lo que se podían devengar otras trabajadoras de las capas populares como las costureras que llegaban a 48 centavos diarios o las lavanderas y las planchadoras que alcanzaban los 69 centavos (ALFONSO, 1902, p. 30). Para hacerse a una idea de la capacidad adquisitiva con estos salarios, Raquel Vinat de la Mata señala por ejemplo que en los años de la primera intervención entre 1898 y 1902 el alquiler de una habitación podía oscilar entre \$6.00 y \$8.00 mensuales y la libra de carne estaba entre 50 y 80 centavos la libra (2008, p. 60).

¹⁷ Mogolla, "Desde mi Garita", en *¡Alerta!* 21 de octubre de 1899, p. 3

¹⁸ En la investigación más amplia, esto lo encontramos para los años treinta, durante la época que se conoce en Cuba como el "Machadato".

¹⁹ "A los obreros de La Habana", en *El Reconcentrado*, 20 de noviembre de 1902, p.1.

Jean Stubbs cita otro testimonio de 1905 según el cual las trabajadoras del tabaco eran las que menos pago recibían, a pesar de tener largas y pesadas jornadas de trabajo. Ganaban entre 50 y 60 centavos al día, cuando en promedio el salario de un trabajador no calificado era de 1 peso. También sus salarios fluctuaban de acuerdo con las alzas y bajas de la economía tabacalera y este aspecto fue constante durante la primera mitad del siglo XX (STUBBS, 1988, p. 259).²⁰ Pese a estas dificultades, el despallillo se había convertido en una opción para muchas mujeres y en una perspectiva de la larga duración el único oficio fabril en el que se incorporaron las mujeres cubanas de manera constante hasta nuestros días.

Como hemos visto hasta ahora, la construcción sexual del oficio del despallillo estaba atravesado por múltiples formas de diferenciación pero quizás la asociación que más pesaba en su consideración social era la de este trabajo como un oficio propio del sexo femenino. Mientras que en el campo este sí solía ser ejercido por mujeres junto con sus familias, en La Habana su historia fue la de una labor que pasó de ser un *trabajo de mujeres*, margen de acción entre los mandatos sociales, a un *trabajo femenino*, como concepto idealizado y deber ser.

Jean Stubbs y Olga Cabrera señalan al respecto que el oficio se feminizó en las ciudades y grandes fábricas durante la Guerra de los Diez Años que tuvo lugar entre 1868 y 1878. Los despallilladores se fueron a la guerra o migraron a Tampa y Cayo Hueso en los Estados Unidos para trabajar en fábricas de cubanos trasladadas a ese país a causa del conflicto y también por conveniencia económica. Las mujeres llenaron ese vacío, abaratando la mano de obra, mientras que los despallilladores que quedaron en Cuba pasaron a ocupar oficios mejor remunerados como el torcido de modo que, cuando los tabaqueros retornaron de los Estados Unidos, el despallillo ya era considerado como un oficio femenino (STUBBS, 1988, p. 248; STUBBS, 1985, pp.

²⁰ Jean Stubbs también comenta que en los años veinte su salario aumentó sólo un 10% cuando torcedores y cigarreros ganaban entre 2 y 6 pesos diarios. Este aumento se perdió cuando llegó la crisis de 1929, y después de un movimiento huelguístico perdido, los salarios volvieron a los niveles de 1917 sólo en La Habana, en donde los salarios tendían a ser mejores (Stubbs, 1988, p. 259).

100
465-466; CABRERA, 1989, p. 158, SERRA, 1975, p. 143 y CASANOVAS, 2001, p. 180).

En varias entrevistas realizadas a despalilladoras por Olga Cabrera, resultó que sus abuelos o padres trabajaron en algún oficio de tabaquería o eran vegueros y al perder sus tierras durante la última Guerra de Independencia migraron a otros pueblos y ciudades incorporándose a despalillos, escogidas o fábricas. También entre las despalilladoras era común que tuvieran familiares que ejercían otros oficios de tabaquería o que fueran hijas, hermanas, sobrinas e incluso nietas de despalilladoras que les enseñaban el oficio desde los 11 o 13 años (1989, p. 154).²¹ Todo lo anterior, además de construir un conocimiento colectivo sobre el oficio que se transmitía generacionalmente, fijó la idea de que el despalillo era un oficio por antonomasia femenino.

El particular desarrollo de la industria cubana, en el cual la persistencia del trabajo manual y la resistencia a la maquinización fueron dos constantes hasta bien entrado el siglo XX, acentuó este proceso de feminización urbana del oficio. Mientras que en los Estados Unidos las mujeres entraron masivamente a la industria con la mecanización del torcido, cuando la industria de cigarrillos cubana se mecanizó, la mayoría de los puestos de las fábricas fueron ocupados por hombres, mientras que el trabajo por fuera de ellas siguió siendo ejercido, en buena parte, por mujeres (STUBBS, 1985, p. 456).

De esta manera, durante el cambio de siglo el despalillo era defendido con naturalidad como un oficio femenino. En 1899, había un clima marcado por la efervescencia nacionalista y la crítica hacia los privilegios de los españoles en la industria tabacalera, quienes solían ser preferidos por coterráneos suyos, dueños o administradores de grandes fábricas. En el periódico *¡Alerta!* se denunciaba a algunos

²¹ No es muy claro cómo fue este proceso de migración de vegas a pueblos o ciudades, sus magnitudes y las tendencias migratorias al interior de la Isla. Es un asunto a la espera de ser investigado.

hombres de nacionalidad española que se ocupaban en el despalillo de capa, el mejor remunerado:

Y aún más amarga es la situación de esas valerosas cubanas consagradas a la ingrata tarea del despalillo, que aún tienen el cinismo de disputarle, mocetones fuertes y robustos, cuyos brazos reclaman a gritos las canteras y nuestras angostas calles para su mejor empedrado.²²

De esta queja se deduce que el despalillo era visto como una tarea apropiada para las mujeres al requerir cualidades que se asociaban con el sexo de femenino, o bien, hacían parte de una construcción social de la feminidad como la delicadeza y la agilidad para extraer rápidamente las hojas de tabaco sin dañarlas. Los discursos que diversos actores desplegaron sobre las despalilladoras es un tema que excede la discusión en este artículo, pero vale la pena mencionar que “obrero” o “mujer” no eran términos autoevidentes sino por el contrario conceptos socialmente construidos, cargados de tensiones sociales que estaban en el fondo de los procesos de cambio a gran escala por los que pasaba la sociedad cubana en los albores de la república. Muestra de ello fue los distintos lugares de la diferencia de género en las narrativas contemporáneas y *a posteriori* de la Huelga de los aprendices de 1902 como veremos a continuación.

²² “¡Qué sarcasmo!”, en: *¡Alerta!*, 28 de octubre de 1899, p. 1.

La diferencia de género en la formación de una clase obrera: el caso de la “Huelga de los aprendices”

La historiadora Amparo Sánchez plantea que, pese a los considerables estragos causados durante la última guerra por la independencia, La Habana fue una de las localidades en donde se evidenció la recuperación económica del país en parte porque muchos obreros habían llegado a la ciudad a causa de la Reconcentración.²³ Adicionalmente, el puerto consolidaba su perfil comercial y de ciudad receptora de migrantes, en su gran mayoría españoles así como tabaqueros que retornaban desde el sur de la Florida, que suplirían las pérdidas humanas de la guerra y ensancharían el mercado de consumo de la misma. En el caso particular de la industria tabacalera, almacenes de tabaco de cuatro y seis años de antigüedad habían sobrevivido, lo cual aseguró la manufacturación de las hojas por un tiempo así como el empleo de despalladoras (2008, p. 58).

En el plano político, los obreros tabaqueros que habían apoyado la causa independentista desde las fábricas en Tampa y Cayo Hueso, pero también negros, mulatos, mestizos y algunas mujeres, llegaron al nuevo siglo con muchas expectativas sobre promesas de democracia y de justicia social. En cambio, durante las tres primeras décadas del siglo XX se encontraron con un tratamiento a las cuestiones laborales como problemas de orden público, la pervivencia de la discriminación racial y el no reconocimiento de los derechos políticos y civiles de las mujeres. Esto generó un complejo panorama político e ideológico que incluyó sentimientos nacionalistas y antiimperialistas, así como la puesta en práctica de soluciones reformistas o revolucionarias.

²³ Fue una estrategia llevada a cabo por el capitán español Valeriano Wayler durante la guerra de independencia que consistía en movilizar a la población campesina de las áreas donde operaba el ejército mambí a lugares con condiciones precarias. Esto afectó la producción de alimentos, a los mambises, pero también a los campesinos, muchos de los cuales murieron de inanición o contrajeron enfermedades.

En medio de este panorama de vertiginosos cambios y una relación problemática con el pasado colonial, para la sociedad cubana del temprano siglo XX todavía se dificultaba asociar a las mujeres con las actividades productivas, pese a que las mujeres de las capas populares tuvieran escasas opciones de no trabajar. La calificación de las despalilladoras como máquinas de trabajo, cuerpos enfermos, esclavas del capital o bien como mártires, musas rebeldes, mujeres dignas y obreras virtuosas eran muestra de la condena al trabajo femenino y al tiempo de los esfuerzos porque este respondiera a ciertos mandatos de género, cruzados con lecturas disímiles sobre las diferencias de clase y las relaciones capitalistas, una vez que se volvió un fenómeno sin marcha atrás.²⁴

De manera similar a lo ocurrido en otras latitudes de América Latina, en la industria del tabaco la representación sobre su proceso de formación como clase expresada durante sus movimientos huelguísticos, en las memorias sobre momentos de quiebre de su historia o en aquellas obras historiográficas que construyeron miradas panorámicas y de largo aliento sobre el movimiento obrero cubano privilegiaron la experiencia masculina (en este último ámbito, resulta particularmente patente la desarticulación con preguntas sobre las mujeres y a partir de la perspectiva de género).²⁵ La construcción de ciertas masculinidades asociadas al protagonismo de los obreros condujeron al establecimiento de jerarquías al interior de los talleres y, de alguna manera, limitaron los alcances de las acciones de las despalilladoras y otras trabajadoras manuales de la industria.²⁶ También terminaron por ocultar la importancia real y simbólica que tuvo la participación de las despalilladoras en esa historia, así como la

²⁴ Este fue el tema del Capítulo III de mi investigación doctoral: “La mujer obrera es siempre una víctima: las representaciones sobre el trabajo femenino y el discurso paternalista en los albores de la república” (GARRIDO, 2020, pp. 138-198).

²⁵ Nos referimos a las historias de tabaqueros intelectuales como José Rivero Muñiz o García Galló y a las obras panorámicas sobre el movimiento obrero del Instituto de Historia, o CABRERA, 1985.

²⁶ Esta situación ha sido estudiada también en la Argentina. En un balance historiográfico sobre los estudios de historia social y de género sobre ese país a finales del siglo XIX y comienzos del XX Andrea Andújar comenta que la constitución de determinadas masculinidades estableció jerarquías de género que determinaron “...diferenciales accesos a la organización gremial, a la formulación de demandas y a los alcances de cuestiones tales como la defensa de la fuente de trabajo en momentos de crisis”, ANDÚJAR, 2017, p. 51-52.

manera en que las masculinidades y las feminidades moldearon las experiencias de los tabaqueros.

Pues bien, la “huelga de los aprendices” ocurrida en 1902 es un buen ejemplo para reflexionar sobre los efectos que tenían jerarquías de género, raciales y nacionales en la consideración de las acciones de las despalilladoras y en sus alcances sobre la mejora de sus condiciones de trabajo, al igual que las masculinidades y feminidades asociadas a la cultura obrera del tabaco. Fue el primer gran conflicto social que estalló una vez inaugurada la república independiente del dominio español y sin la tutela del gobierno interventor estadounidense. En ella se expresaron tensiones sociales no resueltas, pero también las expectativas de los trabajadores bajo el nuevo orden político. La huelga fue liderada por la Liga General de Trabajadores Cubanos fundada desde 1899 y extinta poco después de que se diera por terminado el conflicto.

En la Liga confluyeron obreros de distintas industrias inspirados en el socialismo, el reformismo y el anarquismo. Esto se evidenció, como veremos más adelante, en los balances finales sobre la huelga y en las memorias sobre lo sucedido en los años posteriores. Desde meses antes de que estallara el conflicto, en su órgano de prensa *¡Alerta!* y otros afines como *El Reconcentrado* se denunciaba constantemente la disparidad entre trabajadores cubanos y españoles, puesto que estos últimos eran preferidos para los oficios de tabaquería mejor remunerados y se daban pocas posibilidades a los cubanos para que entraran como aprendices (CABRERA, 1985, p.85-91 e INSTITUTO DE HISTORIA, 1985, p. 137). Las tensiones en el movimiento obrero entre peninsulares y cubanos tenían que ver con lo reciente de la guerra de independencia y también con una política inmigratoria de blanqueamiento que estimuló la llegada de nuevas oleadas de trabajadores que solían ser mayoritariamente españoles.

Como detalla Vanni Petinnà, después de la independencia los españoles continuaron controlando buena parte de la producción, exportación y manufacturación de la hoja de tabaco, lo cual se evidenció en su crecimiento en las “industrias menores” de modo que hacia 1925 controlaban el 45% de la industria (2009, p. 213). Su presencia

como industriales, pero también capataces, capatazas y anilladoras produjo tensiones entre las identidades raciales, nacionales y de género entre las despalladoras.²⁷ Por ejemplo, en una nota se describía la molestia de una despalladora española ante el comentario de otras obreras cubanas criticando la apariencia física del militar peninsular autor de la Reconcentración, Valeriano Weyler, en el marco de la celebración de las primeras fiestas patrias el 20 de mayo de 1902, para denunciar que estas últimas fueron despedidas después del incidente.²⁸

Como ha señalado Alejandro de la Fuente, las divisiones raciales eran usadas a menudo para dividir a la clase trabajadora. Pero la “raza” se volvió una línea divisoria que separaba más a trabajadores extranjeros y cubanos que a cubanos identificados con determinada “raza” (1997, p. 31). Pese a las críticas constantes de los periódicos obreros hacia los españoles que trabajaban en la industria, De la Fuente señala que también hubo alianzas entre españoles y cubanos. Los primeros que apoyaron la huelga fueron exactamente los peninsulares anarquistas que seguían el planteamiento de que los trabajadores no tenían nacionalidad y por lo tanto no debería haber privilegios de ninguna clase (1997, p. 41). La confluencia ideológica y multinacional sobresalió en quienes dirigieron la huelga. Estaban, por ejemplo, obreros tabaqueros como Feliciano Prieto o Manuel Cendoya, cubanos inmigrados de los Estados Unidos, y también anarquistas como Arturo Juvanet del periódico ácrata *¡Tierra!* o Adrián del Valle (INSTITUTO DE HISTORIA, 1985, p. 135).

La huelga estalló en el mes de noviembre de 1902 en La Habana en el taller de tabaquería Cabañas, perteneciente al trust de la Havana Commercial Company. Los trabajadores reclamaban a las directivas de la empresa que fueran aceptados un mayor número de aprendices cubanos en los oficios mejor remunerados y que se mejorara el material del trabajo, aspecto que afectaba directamente los salarios de torcedores y

²⁷ No encontramos mayores comentarios en la documentación sobre cómo lo racial afectaba la segmentación de los oficios de tabaquería entre las trabajadoras, excepto las menciones sobre la preferencia de mano de obra clasificada como “blanca” que hemos mencionado.

²⁸ Fray Motorista, “Poquito a poco”, en: *¡Alerta!*, 15 de julio de 1902, p. 2.

despalilladoras. Ante la negativa de los dueños de Cabañas de las demandas de los obreros, la huelga se extendió dos o tres días después hacia el taller de Villar y Villar de la misma fábrica, “[...] y en cuestión de horas ya todas las tabaquerías de esa empresa fueron abandonadas por los torcedores y las despalilladoras, quedando por consiguiente paralizadas sus labores” (RIVERO, 1962, p. 296).

Pronto se extendió a otros talleres y gremios hasta convertirse en una huelga general que llegó hasta tal punto que, por un par de días, las calles de la ciudad estuvieron al mando de obreros y obreras. La huelga fue duramente reprimida el 24 de noviembre de ese año por la policía en La Habana y por la Guardia Rural en algunas zonas campestres en donde hubo apoyo, sus líderes fueron encarcelados y algunos se exiliaron en los Estados Unidos. Para José Rivero Múñiz entre los industriales, muchos de los cuales eran peninsulares había, en efecto, un ambiente hostil y de discriminación hacia los trabajadores nativos después de la independencia (1962, p. 281). Según este autor las despalilladoras y los torcedores eran en su mayoría cubanos y a su vez los que ganaban los salarios más bajos (1962, p. 284).²⁹ De allí que en la historiografía sobre el movimiento obrero se nombrara a las despalilladoras entre los participantes de la huelga, aunque sin considerar el sentido de sus acciones en ese acontecimiento.³⁰

En la narrativa de incitación a la huelga por algunos contemporáneos afines al movimiento, el obrero aparecía como el protagonista de la lucha proletaria, revestido de heroísmo en tanto que padre de familia. Por ejemplo, en el periódico *El Reconcentrado* se hacían llamamientos constantes a los obreros para que se unieran a la huelga, apelando a ciertas características que por su tono se entiende que buscaban enaltecerlos:

²⁹ Esto también fue señalado por el Dr. Ramón M. Alfonso, en una serie de artículos que reflexionaban sobre la situación social y económica de las mujeres cubanas: “Si en el comercio prevalece la extranjera, hay una industria sin embargo, en que la hija del país, conserva su primacía, pero es limitada a ciertas zonas; las del tabaco. Hay sobre 3.000 operarias del ramo en Cuba, casi todas son nativas”. Ramón M. Alfonso, “Manumisión económica de la mujer cubana”, en *El Proletario*, 25 de septiembre de 1903, p. 3.

³⁰ Las menciones como, por ejemplo, refiriéndose a cuando la huelga se extendió al taller Villar y Villar, “...y, en cuestión de horas, todas las tabaquerías de la citada empresa fueron abandonadas por los torcedores y las despalilladoras”. INSTITUTO DE HISTORIA, 1985, p. 137.

[...] luchad con valor y con energía, sin desesperar ni perder los alientos propios de vuestros pechos viriles de hombres honrados, [...] con la bendición de vuestras mujeres y de vuestros hijos, que admirarán el valor, la tenacidad y la obstinación de que dais prueba.³¹

El lenguaje de género, es decir, aquel que enfatizaba en la diferencia sexual o en los valores asociados a masculinidades y feminidades obreras atravesó constantemente la narración de estos hechos. En el fragmento citado, al lado del padre de familia, las mujeres aparecían como esposas y madres. En esa idea de familia había una imbricación particular del género con la identidad de clase. Luego, cuando estalló uno de los primeros enfrentamientos con la policía, la represión, de la que también fueron víctimas las despalladoras que se habían sumado a las protestas en las calles, fue visto como un agravio aún mayor y llevó a que el hecho fuera revestido de un halo de moralidad cargada igualmente de distinciones de género, marcando distancias entre las obreras del tabaco y otras mujeres, como las que vemos en la siguiente descripción:

Esta orden bárbara, solo podía darla el vil general Cárdenas, el que es incapaz, sin el uniforme, de ofender ni aun de palabras a ninguna de las mujeres atropelladas, pues su condición moral es peor que la de cualquiera de las prostitutas más desprestigiadas de La Habana.³²

La decencia que se adjudicaba a las trabajadoras y la inmoralidad de su alter ego, las prostitutas, fue una identidad atribuida concurrente en este y en otros discursos sobre las despalladoras, en torno a la idea de que el trabajo honraba. Pero en la narrativa estos hechos no se señalaban tanto para mostrar la participación de las despalladoras, sino para enjuiciar políticamente a las autoridades que permitieron la represión de los huelguistas. La participación de estas trabajadoras que se lee entre

³¹ “Bandera roja. La Huelga. Grave cuestión social pendiente”, en *El Reconcentrado*, 18 de noviembre de 1902, p. 1.

³² “El primer cartucho” en: *El Reconcentrado*, 20 de noviembre de 1902, p. 1

líneas en las descripciones de lo ocurrido, derivó en que se hablara de ellas más como compañeras, y en que se apelara a ellas como un sujeto colectivo necesario para ejercer presión política.

Aunque resulta difícil conocer sus voces, este no es un detalle menor, pues nos está dando indicios de cierta politización de las despalilladoras que se corresponde con el repertorio de acciones (de diversas resistencias y estrategias de sobrevivencia) que desplegaron en torno a la necesidad de tener un mayor control sobre el proceso productivo durante el primer cuarto de siglo, el cual reconstruimos en la investigación de más largo aliento que sustenta estas reflexiones.³³ Una estrategia que encontramos con cierta frecuencia en las primeras décadas del siglo fue la denuncia de los abusos de los capataces en la prensa obrera ocultando la identidad personal pero no la pertenencia al grupo de las despalilladoras. Por ejemplo, en una nota de Fray Motorista de 1902 en la que comentaba que había llegado a sus manos una carta de una despalilladora del taller de “Caruncho”, de la fábrica La Intimidación perteneciente al trust inglés, esta firmaba como “Una que no teme venganzas”.³⁴ La despalilladora alegaba que el capataz dejaba de dar material a las que trabajaban de día para que luego fuera despalillado en horas de la noche y así aumentar sus ganancias.³⁵

Más allá de la coyuntura que significó la huelga, esto nos indica que estas obreras no eran ajenas a espacios simbólicos de sociabilidad como los periódicos o a demandar mejores condiciones de trabajo pese a que encontremos a otros hablando por ellas. En este sentido, es preciso anotar que hubo intentos por dotar a las despalilladoras de argumentos para que se sumaran a la huelga, que tenían que ver fundamentalmente

³³ Me refiero en especial a la segunda parte de mi investigación doctoral titulada: “Una presencia casi invisible: experiencias de las despalilladoras bajo el discurso paternalista, 1898-1924”. GARRIDO, 2020, pp. 137-268.

³⁴ Fray Motorista, “Eléctricas”, en *¡Alerta!*, 6 de julio de 1902, p. 3.

³⁵ La queja suscitó otras contra el mismo capataz, entre las cuales estaba la de un incidente entre una niña que trabajaba en la fábrica y una despalilladora de origen español sobre un comentario que la pequeña había hecho sobre la celebración de la independencia el 20 de mayo, que terminó con la rebaja de la despalilladora española pero también de otras, cuyos manojos terminaron despalillados en la casa del capataz por las noches, sin aparente justificación. Fray Motorista, “Eléctricas”, en *¡Alerta!*, 15 de julio de 1902, p. 2.

con la cuestión salarial y el problema constante de la calidad de los materiales, vital para sobrevivir en un oficio que se pagaba a destajo. Un escogedor de tabaco en rama comentaba que desde que comenzó el movimiento huelguista "...se ha tratado el debatido asunto de la única explotación llevada a cabo fría y meditamente, con las infelices despalilladoras". Esto lo llevaba a anotar que, si en 1894 las trabajadoras podían despalillar entre 15 o 16 manojos diarios, por el tipo de material en 1902 tan sólo alcanzaban a despalillar entre 8 y 10 manojos.³⁶ Durante la primera mitad del siglo XX las despalilladoras reclamaron en varias ocasiones a los capataces e industriales sobre sus salarios, desarrollando en torno a este asunto un sentido de lo justo.

No sabemos si hubo un reclamo concreto de las despalilladoras sobre este asunto particular, pero su presencia en los eventos relacionados con la huelga, así como en algunos espacios de sociabilidad obrera sugieren que estaban al tanto de la magnitud de lo que acontecía. Sin embargo, cuando los huelguistas crearon un Comité Central para que los representantes intermediaran entre los obreros y las autoridades gubernamentales y patronales, el pliego de peticiones que redactaron incluía en primera instancia la demanda de que se aceptaran como aprendices a niños cubanos sin distinción de razas, pero no se mencionaba nada de las despalilladoras. Cuando la Havana Commercial Company negó el pliego, el malestar se extendió hacia el trust inglés y los chinchales incluyendo, ahí sí, a las despalilladoras que allí laboraban (RIVERO, 1962, p. 298-299).

Unos días antes de que se dieran los enfrentamientos públicos, una nota comentaba que este Comité contaba con la representación de las despalilladoras Lucila Figueras y Caridad Sánchez, ante lo cual se exclamaba que era "...admirable el cuadro que presentan las mujeres, poniéndose varonilmente a defender la huelga, al lado de sus hermanos del trabajo".³⁷ Junto con la consideración de la participación de las mujeres como una actitud "varonil", el diálogo que tuvieron ante las autoridades públicas es un

³⁶ "Datos numéricos", en *Suplemento a ¡Alerta!*, 20 de noviembre de 1902, p. 1.

³⁷ "El primer cartucho", *El Reconcentrado*, 20 de noviembre de 1902, p. 1.

indicio de uno de los caminos por los cuales las despalilladoras incursionaban a los espacios de negociación obrera. Aunque los primeros gremios de despalilladoras los encontramos más adelante, hacia la década de 1920, después de esta huelga encontramos intentos por actuar colectivamente para defender unas mínimas condiciones de trabajo lo cual se dificultaba por tratarse de un oficio que se hacía por temporadas y con salarios de sobrevivencia.

En alguna ocasión, por ejemplo, encontramos que a mediados de 1902, Fray Motorista comentó en las páginas de *¡Alerta!* lo sucedido en la fábrica La Capitana. Unas despalilladoras se habían declarado en huelga porque su petición de aumento en el precio del manojó de hojas para despalillar que se las remuneraban a cinco centavos plata española fue negada. Ante la negativa los tabaqueros decidieron abandonar sus tareas en apoyo a las despalilladoras iniciando con ello la huelga en toda la fábrica.³⁸ La huelga no duró más de una semana y, aunque no obtuvieron todo lo que reclamaban, la fábrica aceptó aumentarles en un centavo y medio al pago de los manojos de tabaco en rama.

El conflicto había contado con el apoyo de una amplia red mencionada en una carta de agradecimiento enviada por las obreras a este periódico, que incluía a la Sociedad de Torcedores, obreros de varias fábricas y talleres como la Cruz Roja, Villar y Villar, Gener, Caruncho, La Madama, La Carolina y El Quijote y a sus compañeros de trabajo.³⁹ Es indudable que el apoyo en estas redes era un recurso del que se valían las despalilladoras para ejercer una mayor presión para que un conflicto se resolviera a su favor. Las obreras de La Capitana expresaron de manera significativa a quienes las apoyaron que “...supieron *poner nuestra dignidad a salvo* y haciéndonos triunfar hasta donde fue posible en nuestras peticiones en las que hemos salido satisfechas”.⁴⁰

³⁸ Fray Motorista, “Eléctricas”, en *¡Alerta!*, 31 de agosto de 1902, p. 3.

³⁹ Fray Motorista, “Eléctricas”, en *¡Alerta!*, 7 de septiembre de 1902, p. 2.

⁴⁰ Fray Motorista, “Eléctricas”, en *¡Alerta!*, 7 de septiembre de 1902, p. 2. El énfasis es nuestro.

Volviendo sobre las huellas que encontramos de la participación de las despalilladoras en la huelga de los aprendices, la manera en que se dio esta interlocución con las autoridades también nos habla de un trabajo de organización previo en los talleres de despalillo, un conocimiento de las redes y espacios de sociabilidad obrera y un apoyo a los dirigentes de la huelga que eran, en su totalidad, hombres. Confirmación de esto la vemos en una nota sobre tres talleres de despalillo que secundaron la huelga, que por sus nombres no parecen haber pertenecido a las fábricas del trust. Cada uno de estos talleres nombró comisiones para que las representara en el Comité Central de la huelga, lo cual nos habla de la amplitud de su participación, que también alcanzó a las despalilladoras de pueblos cercanos a La Habana como Santiago de las Vegas, San Antonio de los Baños y Bejucal, puesto que no había ningún nombre repetido ni con las que dialogaron con el alcalde.⁴¹

No tenemos testimonios de las consideraciones que las llevaron a tomar la decisión de secundar la huelga, pero se trató de una acción de importancia si consideramos que parar el trabajo afectaba sensiblemente a sus salarios. En todo caso, su participación no se limitó al acto de dejar los talleres, también tuvieron cierta presencia en espacios de sociabilidad más allá del taller, como la Sociedad del Pilar, que tenía ese nombre por el barrio en que estaba emplazada. Se comentó, por ejemplo, que una despalilladora llamada Adela Rendón había pronunciado un “inspiradísimo discurso”⁴², lo cual marca la diferencia con la serie de denuncias anónimas que encontramos en algunos periódicos de la época. En esa Sociedad confluían obreros y obreras de distintas industrias. En una nota de *¡Alerta!* se destacaba justamente la

⁴¹ “Huelga general. Noticias”, *El Reconcentrado*, 20 de noviembre de 1902, p. 1. En la nota se señalaba que habían entrado a huelga las despalilladoras de un taller establecido en la calle Figuras 26, del taller E.H. Gato y del taller de la calle Monte 56. Todas habían nombrado comisiones para que las representaran en el Comité Central de la Huelga. Sobre las despalilladoras que participaron de los pueblos tabaqueros: “Sociedad obrera”, *El Reconcentrado*, 22 de noviembre de 1902, p. 1.

⁴² “Sociedad obrera”, *El Reconcentrado*, 22 de noviembre de 1902, p. 1. Las reuniones en las que participaron mujeres obreras y no obreras, quizá familiares de otros trabajadores, se señalaron desde el 19 de noviembre: “El mitin de anoche”, en *Suplemento a ¡Alerta!*, 19 de noviembre de 1902, p. 1. Posteriormente, en la década de 1930 encontramos varios movimientos huelguísticos protagonizadas por gremios de despalilladoras en los pueblos de San Antonio de los Baños y Santiago de las Vegas.

participación de diversas trabajadoras en una reunión que tuvo lugar en esa sociedad y lo que ello significaba:

Allí nuestras sufridas obreras demostraron elocuentemente que no es entre ellas árido el terreno para que fructifique la simiente de la unificación obrera y que la creencia de que la mujer en Cuba carece de preparación para los nobles empeños de su emancipación y su legítima defensa es errónea, como lo demostraron y continúan demostrándolo las fosforeras, cigarreras, despalladoras y envolvedoras que se han lanzado a la huelga en defensa de sus derechos.⁴³

En medio de la efervescencia del momento convenía resaltar el apoyo de las obreras pero, sin subestimar el interés que suscitó en ellas la agitación obrera, cuando hablaban de su “emancipación” no se referían tanto a un cuestionamiento de los roles de género, sino a la identidad de clase otorgando nuevos sentidos a las marcas de subalternidad que pesaban sobre las despalladoras. En uno de los volantes que circularon de mano en mano para alentar el apoyo popular, reaparecía la distinción de género que se establecía para señalar la importancia de las obreras. En nombre de la Liga se aclamaba:

[...] a vosotras, mujeres cubanas, por cuyos derechos también luchamos, a vosotras, hijas, hermanas, esposas y madres nuestras; a vosotras que sois la fuente de la libertad y el derecho porque en el hogar tenéis el encargo de preparar la generación del porvenir; a vosotras, señoras y señoritas del Pilar, obreras y no obreras, os invitamos también para la reunión de esta noche en la Sociedad del Pilar.⁴⁴

En esta invitación tampoco se cuestionaba la diferencia sexual y de género, por el contrario, la tarea de “preparar la generación del porvenir” se ensalzaba puesto que en ella confluían las mujeres cubanas, aunque refiriéndose en concreto a las de las capas

⁴³ “Las obreras”, Suplemento a *¡Alerta!*, 21 de noviembre de 1902, p. 1. También alguien que escribía como si fuese una obrera planteaba que esto demostraba que “...la causa del trabajo no está muerta entre nosotras”, “La huelga”, en Suplemento a *¡Alerta!*, 21 de noviembre de 1902, p. 1.

⁴⁴ Liga General de Trabajadores Cubanos, “A los obreros del barrio del Pilar”, Imprenta *¡Alerta!*, San José 61, sin fecha.

populares fueran o no obreras. Aquí la inclusión de las despalilladoras a la clase era facilitada por la maternidad, un rol a menudo asociado a la feminidad obrera. La forma en que los escritores de la prensa que hemos venido citando apelaban a las estas trabajadoras en medio de la efervescencia huelguística, llamándolas a la acción, pero recordándoles que el sentido de su participación estaba en torno al ideal de maternidad fue una práctica que encontramos reiteradamente a lo largo del periodo.

Esto nos llama la atención sobre cómo la construcción de la diferencia y el establecimiento de jerarquías eran parte del proceso mismo de su formación como clase y también de la cultura obrera del tabaco. Las experiencias fueron dotadas de sentido con un relato atravesado por el género. Aunque la incursión en lo público que vivenciaron las despalilladoras en el taller y otros espacios de sociabilidad, su organización gremial y la construcción de una identidad en torno a su oficio fue un proceso discontinuo que tuvo lugar en medio de la inestabilidad del trabajo y una crisis cada vez más profunda de la industria del tabaco, esta huelga ayudó a su reconocimiento colectivo y también fue un pulso importante de la fuerza que podía ganar el movimiento obrero frente los a patronos y al gobierno.

Esto se expresó en medio de la campaña del periódico *El Reconcentrado* para que liberaran a los obreros que habían liderado la huelga y entre los que se encontraban algunos de sus redactores:

Nosotros, por este medio, nos dirigimos a todas las obreras cubanas y, en particular, a las cigarreras y despalilladoras para que, [...], sean ellas las que, como heroica y esforzada vanguardia, [...] lleven a los aires la protesta viril del pueblo obrero hasta las mismas consecuencias [...] pidiendo la absolución de todos los obreros procesados y de los compañeros Cendoya, coronel Cervantes y Herrera Sotolongo, [...] Vosotras, caritativas hijas de Cuba, amadas compatriotas, ¿negareis vuestro concurso en obra tan humanitaria?⁴⁵

⁴⁵ “A las obreras cubanas dos palabras”, en: *El Reconcentrado*, 26 de diciembre de 1902, p. 1

El tono del llamamiento se daba cuando la huelga había terminado, después de una intermediación de los veteranos de la guerra de independencia para dar fin al conflicto, al encarcelamiento, al exilio y al rechazo de los industriales a las demandas de los trabajadores. En un afán por mostrar que la huelga había rendido algún fruto al llegar hasta altas instancias gubernamentales como el Congreso, Francisco Cabal Flores escribía en *¡Alerta!* que la huelga había servido para evidenciar la explotación de las despalilladoras y la necesidad de su protección.⁴⁶ La reminiscencia al discurso paternalista también emergía cuando el anuncio de una nueva sociedad de tabaqueros de La Habana proclamaba su apoyo a una futura organización de las despalilladoras, pero, en ambos casos, desplazando su participación en las que serían las primeras memorias que se escribieron sobre todo lo acontecido.⁴⁷

Pero las despalilladoras no actuaron necesariamente bajo la protección de los obreros en el movimiento huelguístico. El papel que deducimos entre líneas da a entender que lo que pensaban los obreros sobre las despalilladoras no determinaba todo el margen de acción que estas podían tener. Sin embargo, esta sí tuvo algunas limitaciones cuando notamos, en primer lugar, que la prensa solía hablar sobre ellas, a veces teniéndolas en cuenta como lectoras, de modo que conocemos más de estas obreras del tabaco por sus prácticas que por su propia voz.

Otra dimensión en la que se constata la existencia de una jerarquía y una posición subordinada de las despalilladoras en el mundo obrero tabaquero es que las distinciones de género no sólo estaban en la división sexual del trabajo sino también en los arreglos laborales, en los cuales estas se presentaban naturalizadas.⁴⁸ De este modo, pese a lo que pareció ser una activa participación, en el pliego de peticiones que finalmente se presentó ante la patronal no había ningún punto que se refiriera en

⁴⁶ Francisco Cabal Flores, “Mi opinión”, en *¡Alerta!*, 29 de noviembre de 1902, p. 1.

⁴⁷ “¡Justicia!”, en *¡Alerta!*, 7 de diciembre de 1902, p. 2 y “Los tabaqueros”, en *¡Alerta!*, 20 de diciembre de 1902, p. 1.

⁴⁸ En una reflexión sobre cómo fue la recepción de la teoría de género de Joan Scott en América Latina, Heidi Tinsman señala que en varios trabajos como el suyo sobre el Chile de Salvador Allende ocurría lo mismo. Ver: TINSMAN, 2005, p. 1366.

concreto a las despalilladoras, sino que estos versaban más bien sobre la cuestión de la aceptación de un mayor número de aprendices cubanos en los oficios mejor remunerados; en la intermediación del comité de huelga en los conflictos laborales y en la fijación de precios, entre otros asuntos.⁴⁹

Esto hace complicado calificar el apoyo de las despalilladoras como acciones que sólo buscaban su supervivencia, pues en lo inmediato no se evidenció que sus intereses se favorecieran. Por otro lado, la narración de los hechos en la prensa obrera a veces obviaba el hecho de que no todas las despalilladoras estuvieron de acuerdo y que hubo momentos en los que se presionó para que dejaran de trabajar como se comenta brevemente en el informe fiscal de la huelga.⁵⁰ Podría pensarse que indirectamente ellas pudieran mejorar sus condiciones de trabajo con la vigilancia de la calidad de los materiales y la calibración de las pesas por parte de una comisión delegada de obreros, pero no hemos encontrado evidencia de ello en relación con la huelga.

En los recuentos de este acontecimiento realizados a partir del siguiente año y que solían aparecer en la prensa obrera los días cercanos al 24 de noviembre de cada año, la memoria sobre estos hechos era contada poniendo a los obreros en el centro y dejando como única reivindicación la de incluir a los aprendices cubanos en la industria tabacalera, incluso entre el periódico anarquista *¡Tierra!* que tendía a incluir a las trabajadoras en sus reivindicaciones y a nombrar por ejemplo que de 72 chinchales, después de la huelga sólo quedaban 7.⁵¹ En síntesis, las discrepancias en torno a la huelga y su fracaso apuntaban más bien a la desorganización y divisiones que había

⁴⁹ “Los obreros en la Cámara” y “Los veteranos y la huelga”, en *El Reconcentrado*, 29 de noviembre de 1902, p. 1.

⁵⁰ AIHC, Fondo Instituciones y Personalidades, RG/30.10/09 (1-30), “Conclusiones fiscales en la causa de la huelga general de obreros en las fábricas de tabacos”, 28 de abril de 1903, p. 4.

⁵¹ “24 de noviembre”, en *¡Tierra!*, 21 de noviembre de 1903, p. 1. Sobre los chinchales: Arturo Juvanet, “Razonemos”, en *¡Tierra!*, 6 de junio de 1903, p. 3 y sobre otras fábricas más que participaron: Luis Barcia, “¡Obreros de La Habana!”, en *¡Tierra!*, 28 de marzo de 1903, p. 2.

entre los tabaqueros y, en el caso de los redactores de *¡Tierra!*, el peso que tuvo en los acontecimientos la mediación en el conflicto de los generales revolucionarios.⁵²

Consideraciones finales

El mundo del trabajo no fue ajeno a los trastornos políticos causados por la transición de la sociedad cubana de colonia a república durante los años de entre siglos. Las ilusiones de cambio para buena parte de los sectores populares que habían apoyado al bando mambí durante las guerras por la independencia no se correspondieron, sin embargo, con el tratamiento de las élites políticas a las conflictivas relaciones entre el capital y el trabajo, más aún cuando se trataba del capital americano incursionando en la economía cubana en medio de una intervención militar.

De cierta manera, la profundización de la concentración de la producción del tabaco en las manos de compañías estadounidenses que había comenzado en el último cuarto del siglo XIX, generó durante los primeros del XX una nueva división sexual del trabajo en las fábricas que acentuó el peso de algunas distinciones de género, de clase, raciales y nacionales que no eran desconocidas durante la época colonial. Las condiciones de trabajo, pero también su poca consideración social se correspondió en el caso de las despalilladoras con una estela de naturalidad en torno a la idea de que labor era un trabajo femenino, ocultando tras de sí el proceso multidimensional de construcción sexual del oficio.

Sin querer caer en una interpretación en la cual las despalilladoras respondían de manera espasmódica ante condiciones de precariedad e inestabilidad laboral, planteamos que no podría explicarse el sentido que acompañó buena parte de sus acciones sin tener en cuenta, por ejemplo, el impacto de la división sexual del trabajo y de la organización del proceso productivo en su cotidianidad, dimensiones que

⁵² “24 de noviembre”, en *¡Tierra!*, 21 de noviembre de 1903, p. 1 y Arturo Juvanet, “Responsables”, en *¡Tierra!*, 13 de febrero de 1904, p. 2.

surgieron cuando la industria afianzó su orientación hacia la exportación del tabaco en rama. Esta reflexión apuntó, en otras palabras, a una lectura no determinista respecto al peso de las condiciones materiales en los márgenes de acción de las despalilladoras desde la perspectiva de género, acercándonos un poco a lo que podría ser una historia social de los salarios.

Por otra parte, la reflexión sobre lo acontecido durante la huelga de los aprendices al inaugurarse la república nos señaló los obstáculos a los que las despalilladoras se enfrentaban para actuar o hacerse oír en medio de múltiples discursos que apelaban a su figura, incluso para legitimar las causas que derivaron en este conflicto. La narrativa de los hechos develó la tendencia a presentar a los obreros como protagonistas de su propia historia, ocultando lo que en realidad sería una participación relativamente activa de las trabajadoras sin tener mayores evidencias de los beneficios que recibían con ella, sino todo lo contrario. Las masculinidades y las feminidades moldearon las experiencias de despalilladoras y tabaqueros, de modo que en esta ocasión la inclusión de las primeras al movimiento a menudo fue legitimada por la vía de su rol como madres. Esto llama la atención sobre la necesidad de considerar en distintos momentos el peso de la construcción de la diferencia de género en los procesos de formación de clase.

Algunas investigaciones sobre trabajadoras en otras latitudes de América Latina nos permitieron tener en cuenta cuestiones a la hora de llevar esta tarea a cabo y explicar, por ejemplo, el papel que jugaron diferentes formas de desigualdad o marcas de subalternidad en el proceso de formación de la clase obrera tabacalera cubana.⁵³

⁵³ La bibliografía sobre historia de las trabajadoras en América Latina es inmensa. Un balance excede los propósitos de la presente investigación. Algunas estudios introductorios son: BARRAGÁN (coord.), 2019; FARNSWORTH-ALVEAR, 2000; HUTCHISON, 2014; GIL, PITA e INI (dir.), 2000, en especial el capítulo de LOBATO, “Lenguaje laboral y de género”, p. 95-113; LOBATO, 2007; ANDÚJAR, CARUSO, GUTIERREZ, PALERMO, PITA, SCHETTENI, 2016; PORTER, 2003; RAMOS (comp.), 1992. Los balances historiográficos sobre historia social de las trabajadoras y la perspectiva de género en América Latina nos fueron muy útiles: TINSMAN, 2008, p. 1357-1374, de la misma autora 2005, p. 27-46; CAULFIELD, 2001, p. 449-490 y LOBATO, 2005, p. 11-24. Sobre Argentina en particular ANDÚJAR, 2017, p. 43-59.

Estos estudios sugieren explícita o implícitamente que las experiencias de las trabajadoras no deberían terminar como un capítulo más de las historias de los movimientos obreros. Podrían, en cambio, cuestionar las narrativas que las han acompañado, sobre todo cuando han puesto las experiencias masculinas como referencia principal de las interpretaciones sobre lo que ocurría con el conjunto de trabajadores.⁵⁴ Ese fue el ejercicio que intentamos realizar a partir del examen de la huelga de 1902.

De acuerdo con Mirta Zaida Lobato, en este tipo de narrativas centradas en los obreros, las trabajadoras terminan siendo vistas como víctimas la mayor de las veces o en ocasiones como rebeldes, es decir, como sujetos atípicos del mundo del trabajo, imagen que puede desestabilizarse cuando se pone atención a las cuestiones de las identidades y el género.⁵⁵ Esto nos lleva plantear dos cuestiones a modo de conclusión.

Primero, en términos metodológicos una clave central fue la lectura entre líneas, a partir de sus acciones más que de su voz, algunos atisbos de la construcción de identidad de un grupo subalterno en torno a su oficio. Segundo, las huellas de algunas experiencias de las despalladoras a contrapelo de las narrativas masculinas sobre la formación de la clase nos lleva a reflexionar sobre cómo, desde sus subalternidades, podían construir sus propias identidades resignificadas a la luz de múltiples distinciones. Muestra de ello fue cuando las encontramos incursionando en espacios sociabilidad generados por una cultura obrera que incluía las casas sociales de los

⁵⁴ Una crítica sobre cómo en algunas narrativas sobre la formación de la clase el poner las experiencias de los trabajadores en el centro ha derivado en que las de las trabajadoras queden en segundo plano y sean representadas como casos excepcionales es, por ejemplo, la de Joan Scott a E.P. Thompson en, “Las mujeres en la Formación de la clase obrera en Inglaterra”, incluido en SCOTT, 2008, p. 95-124. Otra cuestión fue que Joan Scott tendió a dejar por fuera las experiencias concretas de las trabajadoras, dándole primacía a sus discursos dejándolas, de algún modo, “por fuera de la historia”. Agradezco a Valeria Silvina Pita sus observaciones al respecto. Un debate entre Joan Scott y Brayan D. Palmer, historiador social, quien criticaba su tendencia a explicar todo desde el lenguaje, en: SCOTT, 1989, p. 81-98; PALMER, 1989, p. 99-118 y SCOTT, 1989, p. 127-136.

⁵⁵ LOBATO, 2005, p. 13. GIL, PITA e INI (dir.), plantean en este sentido que “la categoría de clase, utilizada de manera inconveniente para analizar la experiencia y participación de las mujeres, simplemente las sumió en el anonimato”, 2000, p. 14.

torcedores de la ciudad, otros en los que confluían trabajadores manuales como la Sociedad El Pilar, teatros en los que se celebraron asambleas, algunas instancias públicas y de manera particular su incursión a través de la denuncia a la prensa obrera que era leída en voz alta en los talleres.

Referencias bibliográficas

Fontes:

¡Alerta! 1899, 1902.

El Reconcentrado. 1902.

El Proletario, 1903.

¡Tierra!, 1903, 1904.

Archivo del Instituto de Historia de Cuba. Inventario de Instituciones y Personalidades.

Bibliografía

ALFONSO M., Ramón. *La prostitución en Cuba y especialmente en la Habana. Memoria de la Comisión de Higiene Especial de la Isla de Cuba.* La Habana: Imprenta P. Fernández y Compañía, 1902.

ANDÚJAR, Andrea (et. Al). Historia social del trabajo y género en la Argentina del siglo XX: balance y perspectivas. *Revista Electrónica de Fuentes y Archivos*, v. 8, n. 8, p. 43-59, 2017. Disponible en: <https://refa.org.ar/file.php?tipo=Contenido&id=172>

ANDÚJAR, Andrea (et. Al). *Vivir con lo justo. Estudios de historia social del trabajo en perspectiva de género. Argentina siglos XIX y XX.* Rosario: Prohistoria ediciones, 2016.

BARRAGÁN ROMANO, Rossana (comp.). *Trabajos y trabajadores en América Latina (siglos XVI-XXI).* La Paz: Centro de Investigaciones Sociales, Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia, 2019.

CABRERA, Olga. El mundo de la despalladora. *Historia y Fuente Oral*, La Habana, v. 1, p. 151-159, 1989.

CABRERA, Olga. Cuba y la primera experiencia de incorporación fabril de la mujer, la obrera tabaquera. *Revista de Indias, La Habana*, v.49, n.185, p. 229-233, 1989.

CABRERA, Olga. *Los que viven por sus manos*. La Habana: Editorial Ciencias Sociales, 1985.

CASADO, Ricardo. *Nuestro tabaco. El habano sin igual*. La Habana: Imprenta M. Martín, 1939.

CASANOVAS CODINA, Joan. Las trabajadoras cubanas y el movimiento obrero en la segunda mitad del siglo XIX. En: NASH Mary y Diana MARRE (eds.). *Multiculturalismos y género. Perspectivas interdisciplinarias*. Barcelona: Ediciones Bellaterra, p. 177-193, 2001.

CASANOVAS CODINA, Joan. *¡O pan, o plomo! Los trabajadores urbanos y el colonialismo español en Cuba, 1850-1898*. Madrid: Siglo XXI, 2000.

CAULFIELD, Sueann. The History of Gender in the Historiography of Latin America. *Hispanic American Historical Review*, v.81, n. 3-4, p. 449-490, 2001. Disponible en: <https://muse.jhu.edu/article/12597>

DE LA FUENTE, Alejandro. Two dangers, One Solution: Immigration, Race, and Labor in Cuba, 1900-1930. *International Labor and Working-Class History*, v.51, p. 30-49, 1997. Disponible en: <https://www.jstor.org/stable/27672353>

DE LA FUENTE, Alejandro. *Una nación para todos. Raza, desigualdad y política en Cuba. 1900-2000*. La Habana: Imagen Contemporánea, 2014.

FARNSWORTH-ALVEAR, Ann. *Dulcinea in the Factory. Myths, Morals, Men, and Women in Colombian's Industrial Experiment, 1905-1960*. Durham and London: Duke University Press, 2000.

FRANCOIS, Marie. "Se mantiene de lavar": The Laundry Business in Eighteenth- and Nineteenth-Century Mexico City". En: ASTON Jennifer y Catherine BISHOP (eds.). *Female Entrepreneurs in the Long Nineteenth Century*. London, Palgrave Studies in Economic History, London School of Economics, 2020, pp. 33-55.

GARCÍA, Alejandro. *La gran burguesía comercial en Cuba, 1899-1920*. La Habana: Editorial Ciencias Sociales, 1990.

GARRIDO Torres, Catalina del Mar. *Mujeres trabajadoras en la provincia de La Habana. Identidades, marcas de subalternidad y cultura obrera de las despalladoras de tabaco, 1898-1948*. Tesis de doctorado en historia. México: El Colegio de México, 2020.

GIL LOZANO, Fernanda, Pita VALERIA SILVINA e Ini MARÍA GABRIELA (dir.). *Historia de las mujeres en Argentina*. Tomo II. Siglo XX. Buenos Aires: Editorial Taurus, 2000.

HUTCHISON, Elisabeth. *Labores propias de su sexo. Género, políticas y trabajo en Chile urbano, 1900-1930*. Santiago de Chile: Ediciones LOM, 2014.

HUTCHISON, Elisabeth. La historia detrás de las cifras: la evolución del censo chileno y la representación del trabajo femenino, 1895-1930. *Historia Santiago*, v.33, 2000. Disponible en: http://www.scielo.cl/scielo.php?pid=S0717-71942000003300009&script=sci_arttext.

Instituto de Historia del Movimiento Comunista y la Revolución Socialista de Cuba. *Historia del movimiento obrero cubano, 1865-1958*. La Habana: Editora Política, v.2, 1985.

LOBATO, Mirta Zaida. Fronteiras etéreas, diálogos possíveis identidade e cultura de gênero no mundo dos trabalhadores. *Revista Esboços*, v.14, p. 11-24, 2005. Disponible en: <https://periodicos.ufsc.br/index.php/esbocos/article/view/164>

LOBATO, Mirta Zaida. *Historia de las trabajadoras en la Argentina (1869-1960)*. Buenos Aires: Edhasa, 2007.

PALMER, Bryan D. *Respuesta a Joan Scott. Historia social*, Núm. 4, p. 99-118, 1989.

PETINNÀ, Vanni. Capítulo 8: “Sociedad, 1902-1959”. En: NARANJO Orovio, Consuelo (Coord.). *Historia de Cuba*. Vol. I. Historia de las Antillas. Madrid: Ediciones Doce Calles, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2009. pp. 207-229.

PIQUERAS, José Antonio. *El período interventor y la dolarización de Cuba*. RODRIGO y Alharilla Martín (ed.). *Cuba: de colonia a república*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2006, pp. 177-190.

PORTER, Susie. *Mujeres y trabajo en la Ciudad de México. Condiciones materiales y discursos públicos (1879-1931)*. Michoacán: El Colegio de Michoacán, 2003.

RAMOS, Carmen (comp.). *Género e historia: la historiografía sobre la mujer*. México: Instituto Mora – UNAM, 1992.

RIVERA-Giusti Ivette Maris. *Gender, Labor and Working-Class Activism in the Puerto Rican Tobacco History, 1898-1924*. New York: Birmingham University, State University of New York, 2003.

RIVERO MUÑÍZ, José. *El movimiento laboral cubano durante el periodo 1906-1911. Apuntes para la historia del proletariado en Cuba*. La Habana: Dirección de Publicaciones Universidad Central de Las Villas, 1962.

SÁNCHEZ COBOS, Amparo. *Sembrando ideales: anarquistas españoles en Cuba (1902-1925)*. Sevilla, España: Consejo Superior de Investigaciones Científicas CSIC, 2008.

SCOTT, Joan. El eco de la fantasía: la historia y la construcción de la identidad. *Ayer*, v.62, n. 2, p. 111-138, 2006. Disponible en: https://revistaayer.com/sites/default/files/articulos/62-5-ayer62_MasAllaHistoriaSocial_Cabrera.pdf

SCOTT, Joan. *Género e historia*. México: Fondo de Cultura Económica, 2008.

SCOTT, Joan. Sobre el lenguaje, el género y la historia de la clase obrera. *Historia social*, n. 4, p. 81-98, 1989. Disponible en: <https://www.jstor.org/stable/i40014631>

SCOTT, Joan. Una respuesta a las críticas. *Historia social*: n. 4, p. 127-136, 1989. Disponible en: <https://www.jstor.org/stable/i40014631>

STUBBS, Jean. Gender Constructs of Labor in Prerevolutionary Cuban Tobacco. *Social and Economic Studies*, v.37, n. 1, p. 241-269, 1988. Disponible en: <https://www.jstor.org/stable/27862936>

STUBBS, Jean. Labour and Economy in Cuban Tobacco, 1860-1958. *Historical Reflections / Réflexions Historiques*, v. 12, n. 3, p. 449-467, 1985. Disponible en: <https://www.jstor.org/stable/23232401>

STUBBS, Jean. *Tabaco en la periferia. El complejo agroindustrial cubano y su movimiento obrero, 1860-1959*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1989.

THOMPSON, E.P. *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Madrid: Capital Swing, 2012.

TINSMAN, Heidi. A Paradigm of Our Own: Joan Scott in Latin American History. *The American Historical Review*, Vol. 113, No. 5, p. 1357-1374, 2008. Disponible en: <https://www.jstor.org/stable/30223446>

TINSMAN, Heidi. Feminist Labor History and Marxist Legacies in Latin American Studies. *WerkstattGeschichte*, v.41, n.1, p. 27-46, 2005. Disponible en: <https://werkstattgeschichte.de/abstracts/nr-41-heidi-tinsman/>

VINAT DE LA MATA, Raquel. *Después de la guerra... ¿la paz? Situación de las mujeres en Cuba durante el primer gobierno republicano (1902-1906)*. La Habana: Editora Historia, 2008.

VINAT DE LA MATA, Raquel. Dimensiones del amor tarifado. La prostitución entre 1899 y 1902. en DE LA TORRE, Mildred (et. Al.), *La sociedad cubana en los albores de la República*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, p. 179-211, 2002.